

CAPÍTULO I

Lunes, 7 de febrero, 8:30 a.m.

Alicia acostumbraba a caminar rápido, con paso firme, erguida. Era una mujer segura de sí misma, sin complejos y muy atractiva. A sus cuarenta años, todavía había hombres que se giraban al verla pasar. Lo sabía pero hacía tiempo que no le importaba lo más mínimo sentirse admirada.

Aquella mañana se había levantado muy temprano, había dejado a su hijo en el colegio y se dirigía a la oficina. Le encantaba su trabajo; era algo inquietante, creativo. En su despacho pasaban las horas sin que apenas se diera cuenta. Allí discutía, luchaba, reía, se enfurecía y se sentía fuerte. Era su espacio.

Dejó el coche en su plaza de aparcamiento. Entró en la cafetería donde acostumbraba a desayunar y pidió un descafeinado con leche desnatada, mientras echaba un vistazo a los periódicos locales. Sonó el móvil, contestó y empezó a sentir cómo le subía la adrenalina.

Terminó su café y salió a la calle.

Adoraba aquella ciudad, los edificios antiguos, sus muchas iglesias cuyas campanas tañían en constante revuelo, ese sonido tan familiar y tan tranquilizador. Toda ella respiraba historia. En el centro, las construcciones modernistas de principios del siglo XX se elevaban señoriales mostrando su orgullo

en amplias avenidas y coquetas plazas. En los barrios, las estrechas y empedradas calles dejaban entrever su pasado árabe, tanto en sus nombres como en sus casas y estilo. Y arriba, dominándolo todo y vista desde cualquier punto, la hermosa alcazaba árabe. Desde allí se divisaba toda la ciudad, sus calles, casas y campos, todo ello con la sierra cubierta de nieve al fondo, y a pocos kilómetros el olor del mar casi a flor de piel.

Era una ciudad maravillosa, abierta, culta y amable. Uno sabía que merecía la pena vivir allí.

Inició el recorrido por la amplia avenida que la llevaba a su trabajo mientras hablaba por teléfono con su secretaria y pasaba de un tema a otro con facilidad asombrosa.

Como cada día, se detuvo en la esquina en la que aquel señor mayor con sus dos perros pedía limosna, rebuscó el monedero en su bolso con la mano que le quedaba libre y, con una amplia sonrisa, le ofreció unas monedas. El mendigo le dio las gracias y ella se despidió con un gesto amable.

Sentía compasión por el hombre. A veces, uno se sorprende al conocer los motivos por los que una persona lo deja todo, se abandona a sí misma y empieza a vivir en la calle sin más compañía que, en este caso, dos fieles perros. La gente decía que bebía, que era un alcohólico, un borracho, pero a ella no le importaba, pensaba que eso solo agravaba la situación del pobre hombre; bastante desgracia tenía.

Blas, así se llamaba el mendigo, experimentaba una enorme gratitud hacia esa mujer que no lo juzgaba al mirarlo y que siempre, aparte de unas monedas, le ofrecía una hermosa sonrisa.

Alicia continuó su camino y la conversación telefónica. Miró a su izquierda, no venía nadie, a lo lejos un coche parado junto a la acera parecía esperar a alguien, puso un pie en la calzada y entonces ocurrió.

No gritó, solo sintió un inmenso dolor en todo el cuerpo, un golpe brusco la lanzó por los aires y fue a parar a unos metros de distancia. El bolso salió disparado mientras ella intentaba alcanzar el móvil para no cortar la conversación.

Todo se volvió negro y se abandonó.

La habían atropellado y, mientras la gente acudía a ver si seguía viva, el vehículo se dio a la fuga.

Su cuerpo yacía en el suelo con cierto estilo. Hasta después de atropellada Alicia tenía clase. Un brazo estirado con la mano abierta buscando el móvil, el cuerpo tendido sobre el lado izquierdo dejando ver su mejor perfil, las piernas en posición fetal, los ojos entornados, como dormida. La sangre cubría parte de la calzada y el color fue desapareciendo de sus maquilladas y simpáticas mejillas.

Un señor gritó: «¡No la muevan!», a la vez que marcaba en su teléfono móvil el número de emergencias.

Blas, el mendigo, corrió hacia ella, se arrodilló junto a su cuerpo y acercó su oído al corazón de Alicia para comprobar si latía. Sin pensarlo dos veces comenzó a practicarle el boca a boca insuflándole aire en los pulmones hasta asegurarse de que respiraba, mientras le golpeaba el pecho en lo que parecía un masaje cardiaco.

La sirena de una ambulancia comenzó a oírse cada vez más fuerte.

Blas se retiró dejando paso al personal médico que se acercaba.

Al otro lado del móvil su secretaria la llamaba desesperada, había oído el impacto y dentro del bolso de Alicia, a metros de distancia, el otro teléfono sonaba insistente.